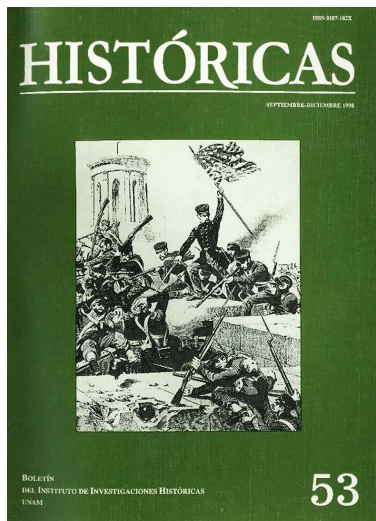




Artículo: La historia diplomática norteamericana: perspectiva historiográfica y metodológica

Autor(es): Gurza Lavalle, Gerardo

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 53

Año: 1998

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Gurza Lavalle, Gerardo. "La historia diplomática norteamericana: perspectiva historiográfica y metodológica" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 53 (1998): p. 42-51. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3923>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

O BALANCES HISTORIOGRÁFICOS

La historia diplomática norteamericana. Perspectiva historiográfica y metodológica

Gerardo Gurza Lavalle

En 1980, Charles S. Maier escribió un influyente trabajo en el que analizaba de forma general el estado que presentaban los estudios sobre historia diplomática en los Estados Unidos. El balance presentado por este autor era francamente negativo; en su opinión, la historia diplomática mostraba un notable rezago respecto a los notables logros de la historia social que, con sus enfoques, había producido una fructífera e innovadora cosecha. Consideraba que los investigadores de las relaciones exteriores habían sido incapaces de incorporar las nuevas metodologías y continuaban apegados a las técnicas y enfoques tradicionales, consistentes en la consulta y análisis casi exegético de enormes masas de documentos oficiales. Además, en una época de auge en la historia de los grupos subordinados, los especialistas de esta subdisciplina no habían podido "democratizar" la esfera de sus estudios y permanecían anclados en una óptica elitista en la que sólo tenían cabida los encargados de tomar las decisiones de política exterior.¹ La incisiva crítica de Maier distaba de ser la primera llamada de atención a los académicos de un campo que, aparentemente, debía renovarse o perecer;² sin embargo, provocó una vigorosa respuesta por parte de varios especialistas que observaban con optimismo ciertos signos de cambio favorables en el interior de la subdisciplina.³ Para comprender esos cambios y su aliento renovador resulta necesario seguir, si bien muy brevemente, el desarrollo de las distintas tendencias de la historia diplomática durante la segunda mitad de este siglo. En esta área del quehacer histórico, al igual que en otras, la diversidad de corrientes obedece a la dinámica que se establece entre algunos planteamientos y su aplicación concreta, en primera instancia, y las posteriores reacciones y revisiones, de tal manera que las nuevas tendencias cobran su significado en relación con aquello que les antecede, además del avance cualitativo que puedan representar. Lo anterior puede parecer obvio pero, tratándose de un campo en el que se observa

¹ Charles S. Maier, "Marking time: the historiography of international relations", en Michael Kammen (ed.), *The past before us. Contemporary historical writing in the United States*, Ithaca, New York, Cornell University Press, 1980, p. 355-357.

² En 1970, Ernest R. May había dado a conocer puntos de vista muy similares, véase "The decline of diplomatic history", en George Athan Billias y Gerald N. Grob (eds.), *American history. Retrospect and prospect*, New York, The Free Press, p. 399-431.

³ Walter LaFeber *et al.*, "Responses to Charles S. Maier 'Marking time: the historiography of international relations'", en *Diplomatic History*, v. 5, n. 4, Fall 1981.

un mosaico mal definido de preferencias, tenerlo presente contribuirá a una percepción más clara de los énfasis e inclinaciones de cada enfoque.

Para los efectos de este trabajo es posible iniciar el seguimiento del desarrollo de la historia diplomática a partir de la década de los años cincuenta, momento en que se observa la primera ruptura respecto a la historiografía netamente tradicional, de corte nacionalista, defensora del expansionismo y de las políticas oficiales, y convencida de las bendiciones del sistema norteamericano.⁴ La escuela que produjo esa ruptura, posteriormente conocida como "realismo", imprimió un importante sesgo en las preocupaciones comunes de los estudiosos de las relaciones exteriores norteamericanas, sobre todo debido a su apego a ciertos lineamientos teóricos tomados de la ciencia política o, más específicamente, de autores como Hans Morgenthau y George Kennan. La resonancia que cobraron estos pensadores provino, en buena medida, del contexto mundial propio de la Guerra Fría, así como de la necesidad de comprender las nuevas y abrumadoras responsabilidades internacionales de los Estados Unidos. El interés esencial del "realismo" se centró en el proceso de determinación e implementación de la política exterior, entendiendo como el fin último de ésta la búsqueda del poder en el escenario mundial. Partía de una serie de prescripciones prácticas, entre las cuales destacaban la formación de una conciencia clara de los auténticos intereses nacionales, los medios necesarios para procurarlos e impedir que cualquier consideración moral o "idealista" interviniera en la fijación de las metas de política exterior. Dichas metas debían ser asequibles y no utópicas, y en todo momento tendrían que guardar una estricta correspondencia con la disponibilidad de recursos militares y económicos.⁵

A pesar de que estas concepciones parecían derivadas de un pensamiento "pentagónico", tuvieron una decisiva influencia y produjeron una nueva lectura de la historia diplomática norteamericana. Numerosos especialistas se volcaron a una interpretación "realista" de esa historia; los tropiezos de la política exterior del pasado fueron percibidos como el resultado lógico de la persecución de objetivos moralistas, idealistas y legalistas; en especial, para citar sólo un ejemplo, se estableció una dicotomía clásica entre el periodo presidencial de Theodore Roosevelt, "realista" como el que más, con su célebre política del "gran garrote", y la administración de Woodrow Wilson, con sus postulados idealistas de crear un mundo "en que la democracia estuviese a salvo".⁶

⁴ Walter LaFeber, "The world and the United States", en *American Historical Review*, v. 100, n. 4, October 1995, p. 1022-1023.

⁵ Michael H. Hunt, "The long crisis in U. S. diplomatic history: Coming to closure", en *Diplomatic History*, v. 16, n. 1, Winter 1992, p. 118.

⁶ Jerald A. Combs, "Norman Graebner and the realist view of American diplomatic history", en *Diplomatic History*, v. 11, n. 3, Summer 1987. Es importante señalar que en esta breve caracterización del "realismo" hemos simplificado notablemente tanto su perspectiva como sus aportaciones. En la extensa producción que puede asociarse a esta corriente se encuentra una riqueza de matices y una

En términos metodológicos, el "realismo" llevó consigo pocas innovaciones. Aparte del peculiar vínculo con una teoría política de carácter coyuntural, los objetivos de investigación permanecieron centrados en el Estado-nación y en las elites encargadas de tomar las decisiones de alto nivel, desechando la intromisión de factores económicos y sociales internos en la proyección internacional de los Estados Unidos. Asimismo, el análisis minucioso de la documentación oficial continuó siendo la herramienta básica.⁷

La preocupación exclusivamente política del "realismo", al igual que su tinte semimaquiavélico, provocó una fuerte reacción por parte de varios historiadores liberales y de muchos otros que fueron atraídos por el énfasis económico-estructural que empezó a dominar el panorama de las ciencias sociales a partir de los años sesenta. Dio así inicio una búsqueda de otras explicaciones y un intento por romper el predominio neoconservador de la década anterior, patente tanto en el "realismo" como en el enfoque de consenso y continuidad que había imperado en la historiografía estadounidense durante los cincuenta. Lo que posteriormente se conoció como la "nueva izquierda" surgió de la compleja mezcla de una actitud disidente que cuestionaba las instituciones y políticas oficiales, así como de la introducción del marxismo en el ámbito académico, y también del rescate del legado de los historiadores "progresistas" de la primera mitad del siglo.⁸ Este movimiento fue encabezado por William Appleman Williams, quien despertó revuelo al sostener que las necesidades de la cúpula empresarial habían constituido el resorte fundamental de la política exterior estadounidense desde el último cuarto del siglo xix. Williams acuñó el término "imperialismo de la puerta abierta"⁹ para referirse a la premisa básica y continua de la diplomacia llevada a efecto por Washington, misma que había consistido en la subordinación del aparato gubernamental a los intereses de una elite manufacturera y comercial que constantemente ejercía presión para garantizar condiciones de crecimiento,

complejidad mucho mayores. Asimismo, varios de sus principales autores han realizado contribuciones significativas y enriquecedoras al campo de los estudios diplomáticos. Para una mención de los autores más importantes y sus obras, véase Hunt, *op. cit.*, p. 118-122.

⁷ *Ibid.*, p. 119-120.

⁸ Los "progresistas", particularmente Charles Beard, cuestionaron la versión tradicional de la historia norteamericana al poner el acento en los conflictos de clase y de grupos de interés, concluyendo que las instituciones estaban diseñadas para la satisfacción de los sectores económicamente poderosos. Las interpretaciones de Beard y sus discípulos gozaron de enorme influencia durante el primer tercio del siglo, cuando los excesos del capitalismo monopólico fueron más visibles. Sin embargo, después de la Segunda Guerra Mundial sus enfoques fueron desechados por una generación de historiadores que defendieron hábilmente la tesis de la continuidad sin conflicto y el consenso democrático a lo largo del desarrollo político estadounidense. Véase Irwin Unger, "The 'new left' and American history: Some recent trends in United States historiography", en *American Historical Review*, v. 72, n. 4, July 1967, p. 1238-1239.

⁹ En la historia de los Estados Unidos se conoce como "puerta abierta" al reclamo de algunos sectores políticos y económicos, durante las dos últimas décadas del siglo pasado, de tener acceso al enorme mercado chino en pie de igualdad con las potencias europeas. Este anhelo por ampliar las oportunidades comerciales ha sido considerado usualmente como un factor de mucho peso en la anexión de Hawai y en la ocupación del archipiélago filipino.

o al menos oportunidades para sortear las crisis cíclicas de sobreproducción. Los grupos dominantes, sin embargo, habían sido capaces de lograr cierto consenso pluriclasista debido a la existencia de una serie de valores nacionales unificadores y gracias también al argumento de que el bienestar general dependía en grado absoluto de la expansión comercial.¹⁰ Williams hacía así hincapié en un consenso muy distinto de aquel que abanderaban los neoconservadores, un consenso de tipo ideológico y en buena medida manipulado que permitió a un país con instituciones democráticas embarcarse en aventuras imperialistas, involucrarse en conflictos mundiales para salvaguardar intereses mezquinos, y oponerse —o incluso reprimir directamente— a los movimientos liberadores y nacionalistas de la periferia sin perder a cambio la unidad interna.¹¹

Las aportaciones de la “nueva izquierda” produjeron un enconado pero muy fructífero debate y determinaron el curso posterior del desarrollo de la historia diplomática. En principio, la atención de los especialistas se desplazó del escenario externo al ámbito doméstico, en un esfuerzo por rastrear en los fenómenos socioeconómicos nacionales los rasgos fundamentales de la política exterior. Por otra parte, las interpretaciones de esta corriente nunca alcanzaron a formar una auténtica ortodoxia ni un método único, sino que más bien dieron lugar a una actitud crítica, revisionista y propositiva que derivó en una multiplicidad de enfoques, manteniendo como elemento común sólo el énfasis en lo interno como clave de lectura.¹² De esta manera se dejó la puerta abierta para que los factores económicos, la política de partidos, las alianzas y/o conflictos entre grupos, los intelectuales, las clases medias, la opinión pública y los fenómenos ideológicos y culturales entraran de lleno a la reconstrucción histórica de las relaciones de los Estados Unidos con el exterior. Esta diversidad rompió en forma abrupta con la tradicional dependencia del campo respecto a los archivos oficiales. Si bien estos permanecieron como fuente de consulta más o menos obligada, la información económica, los periódicos y publicaciones contemporáneas, la literatura y la extensa y novedosa bibliografía proveniente de otras disciplinas sociales cobraron una importancia inédita.

No obstante, una parte considerable de los adeptos al revisionismo de la “nueva izquierda” continuó por varios años apegada a los lineamientos básicos de la colusión gobierno-burguesía propuestos por Williams. Esta tendencia, ya entrada la década de los setenta, empezó a ser cuestionada por una nueva corriente que percibía cierto reduccionismo maniqueo en la tesis de un Estado subordinado a las elites económicas. En 1978, James A. Field escribió un importante artículo en el que criticaba la visión “unitarista” del imperialismo norteamericano de finales del siglo XIX. En opinión de Field, la visión de

¹⁰ LaFeber, “The world and the United States”, p. 1024-1025; May, *op. cit.*, p. 418-419.

¹¹ *Idem.*

¹² Hunt, *op. cit.*, p. 122-124.

la "nueva izquierda" imponía una homogeneidad artificial al periodo y una falsa coincidencia de objetivos entre los sectores económicos y gubernamentales. Este autor llamó la atención sobre el carácter claramente diferenciado de los intereses —y actores— públicos y privados y sobre la existencia de numerosos empresarios que actuaban individualmente en el exterior y que no tenían el menor anhelo expansionista.¹³ La crítica de Field era muestra de una nueva tendencia revisionista —incluso se le llamó "posrevisionismo" que desconfiaba de la coherencia un tanto forzada de la visión de la "nueva izquierda" y de su análisis del ámbito interno. La preocupación ya tradicional por el escenario doméstico y su influencia en la política exterior tomó un nuevo camino en un intento por lograr un análisis más complejo de los actores y la dinámica propia del sistema nacional. A partir de algunas investigaciones centradas en los años veinte y treinta, resultó evidente la presencia de una red de organizaciones descentralizadas que ejercían un peso considerable en la decisión de las políticas públicas. En esta forma se detectó la actuación de una serie de agencias autónomas —sindicatos, asociaciones de agricultores y ligas de empresarios— que negociaban y cooperaban con el gobierno en una especie de sistema corporativo.¹⁴ De estas experiencias de investigación surgió la escuela conocida como "corporativismo", la cual se dedicó al estudio de la interacción entre esas organizaciones y el gobierno y a determinar la influencia que pudiera tener en el diseño de la política exterior. Esta red corporativa funciona esencialmente como un esfuerzo de coordinación y de acuerdo entre distintos sectores, cuyo carácter descentralizado no les impide gozar de injerencia en la toma de decisiones. Los adeptos a este enfoque parten del supuesto de que en ciertos periodos ha existido un intento consciente por parte de los líderes estadounidenses de trasponer al orden internacional este modelo de organización, con la finalidad de lograr la cooperación para el crecimiento económico y una integración armónica de las economías nacionales en el orden capitalista mundial, tal como se ilustra, por ejemplo, en la implementación del Plan Marshall después de la Segunda Guerra Mundial.¹⁵ Como se ve, el "corporativismo" puede aplicarse sólo a ciertos periodos y a ciertas áreas del mundo, lo cual representa una limitación esencial. Además ha sido criticado por la borrosidad de sus conceptos y la escasa claridad en la definición de las categorías que emplea¹⁶ —cosa fácil de percibir una vez que se ha leído la página anterior. Sin embargo, desde su perspectiva ha sido posible apreciar la complejidad del ámbito interno, desechando

¹³ James A. Field Jr., "American imperialism: the worst chapter in almost any book", en *American Historical Review*, v. 83, n. 3, June 1978, p. 646.

¹⁴ Michael J. Hogan, "Corporatism", en *Journal of American History*, v. 77, n. 1, June 1990, p. 153-154.

¹⁵ *Ibid.*, p. 159; véase también, del mismo autor, "Corporatism: a positive appraisal", en *Diplomatic History*, v. 10, n. 4, Fall 1986, p. 363-365.

¹⁶ John Lewis Gaddis, "The corporatist synthesis: a skeptical view", en *ibid.*, v. 10, n. 4, p. 358-359.

la posibilidad de una visión monolítica de los empresarios, o la elite económica, y destacando la actuación de grupos —como los sindicatos de trabajadores— que ya no se perciben en una dimensión clasista sino como organizaciones con un peso y una función específicos. Asimismo, ha llamado la atención sobre los complicados vínculos que unen a la sociedad con el Estado y que tienen hondas repercusiones en la política exterior.

En una vertiente muy distinta, algunos autores se mostraron insatisfechos con el tratamiento superficial que los factores ideológicos y culturales habían recibido. Aun cuando su inclusión en los análisis generales fue frecuente a partir de finales de los años sesenta, habían permanecido en un nivel subordinado. La tesis de la “nueva izquierda”, con su énfasis característico en la estructura económica, había reconocido el papel de la ideología, pero sólo como un elemento epifenoménico. Al hablar de un consenso por manipulación, se dejaba en claro que el propósito fundamental de la diplomacia norteamericana, es decir, la preservación de los privilegios de una clase, quedaba oculto para las mayorías por obra de una percepción distorsionada. No sólo se ignoraba la existencia de esos intereses subyacentes a la política exterior, sino que las acciones concretas para procurarlos eran interpretadas como conducentes a la defensa de ciertos valores nacionales. De modo que lo ideológico quedaba reducido a la representación ilusoria que pone un velo sobre los verdaderos resortes del proceso.¹⁷

Autores como Frank Ninkovich parten de un rechazo a esta perspectiva y han resaltado las posibilidades interpretativas que implicaría otorgar a la ideología cierta autonomía, situándola como elemento central de la explicación. Toda política exterior, señala Ninkovich, encarna una serie de valores y creencias que pertenecen a un sistema coherente e integrador, una auténtica *weltanschauung* que en ocasiones se separa con claridad de la esfera de los intereses netamente económicos o políticos.¹⁸

Desde una perspectiva hasta cierto punto similar, otros especialistas han tratado de enfatizar el papel que desempeña la cultura en las relaciones internacionales. El pionero en este campo ha sido Akira Iriye, quien ha resaltado la utilidad de percibir a cada nación como un sistema cultural, para después proceder al análisis “extrasistémico”, es decir, de las relaciones que se desprenden de la interacción de los distintos sistemas.¹⁹

Los problemas que puede enfrentar un enfoque de esta naturaleza se derivan de la difícil tarea de examinar la compleja interacción de distintos factores culturales en el interior de un sistema determinado y, aún más, captar con precisión las manifestaciones del choque de ese sistema con la

¹⁷ Frank Ninkovich, “Ideology, the open door and foreign policy”, en *ibid.*, v. 6, n. 2, Spring 1982, p. 187-189.

¹⁸ *Ibid.*, p. 187-189.

¹⁹ Akira Iriye, “Culture and power: International relations as intercultural relations”, en *Diplomatic History*, v. 3, n. 2, Spring 1979, p. 115.

contraparte externa. Para poder asir ese complejo de elementos, Iriye propone el análisis del poder y la cultura como dos cadenas fenoménicas vinculadas a nivel interno. Ambas cadenas provienen de la división que puede observarse en los mecanismos que controlan el comportamiento social, uno de ellos formal —leyes, instituciones, autoridad pública— y el otro informal —costumbres, religión, lenguaje y símbolos—; la función de estos mecanismos es mantener la cohesión del sistema cultural, tanto a través de la autoridad que sostiene la ley y el orden como por medio de símbolos que proveen de significado la experiencia individual. Lo anterior encarna el binomio de poder y cultura en un sistema que, una vez comparado con otro en estos términos, hace perceptibles los contrastes de la manera en que el poder sostiene los símbolos culturales, así como la forma en que la cultura legitima, limita y acepta el poder.²⁰

“¿Puede sostenerse —se pregunta Iriye— que un tipo determinado de patrón cultural genera una forma distintiva de política exterior?” Es muy aventurado contestar en términos absolutos, pues es necesario un análisis riguroso de un cúmulo de casos particulares. Sin embargo, es innegable que un enfoque de este tipo puede arrojar nueva luz sobre ciertos periodos y producir interpretaciones más ricas.²¹ La experiencia propia de investigación de este autor ha resaltado el importante papel de los intelectuales y de los intercambios culturales en las relaciones internacionales de los años veinte, década en la que es posible detectar el inicio del proceso de “americanización” del mundo.²²

En el otro extremo de la reacción “posrevisionista” que sucedió al predominio de la “nueva izquierda”, surgió una tendencia que destacó la importancia del Estado como ente relativamente autónomo y la necesidad de estudiar al sistema internacional desde una perspectiva “externa” y política para comprender cabalmente la actuación de las naciones en la arena mundial.

A mediados de la década de los ochenta, empezó a cuestionarse la capacidad de la historia social para explicar algunos fenómenos que se consideraban de carácter eminentemente político.²³ Asimismo, el acusado énfasis de los años anteriores en los factores internos, como instancia determinante del carácter de la política exterior, dejaba insatisfechos a numerosos especialistas. Autores como Gordon Craig y Charles S. Maier reconocían los efectos benéficos del ensanchamiento de perspectivas que los enfoques internos habían producido en la historia diplomática, pero se pronunciaron a favor de una óptica

²⁰ *Ibid.*, p. 117.

²¹ *Ibid.*, p. 116.

²² Anna Kasten Nelson, “The diplomacy of the republic”, en *Journal of Interdisciplinary History*, v. 25, n. 3, Winter 1995, p. 449-450. Una exposición detallada de las contribuciones de Iriye y de otros autores que han aplicado en enfoque cultural puede encontrarse en Warren I. Cohen, “The history of American-East Asian relations: Cutting edge of the historical profession”, en *Diplomatic History*, v. 9, n. 2, Spring 1985.

²³ Gertrude Himmelfarb, “Some reflections on the new history”, en *American Historical Review*, v. 94, n. 3, June 1989, p. 663.

que tomara en cuenta el comportamiento del Estado en el escenario internacional.²⁴

Existen fenómenos que no pueden explicarse sin un análisis del sistema internacional y su dinámica. O sin referencia a algo que Ranke entendió bien pero que nosotros no hemos valorado, a saber, la autonomía del Estado y su tendencia a andar su propio camino y resistir las presiones que se ejercen sobre él.²⁵

Esta corriente retoma algunas de las preocupaciones fundamentales del "realismo", como el proceso de toma de decisiones —si bien se separa por completo de la vieja dicotomía idealismo/realismo—, pero rebasándolas ampliamente, ya que se centra en las repercusiones que el contexto internacional produce en el diseño de la política exterior y en los efectos y alteraciones que esa política puede imprimir al sistema mundial. Se trata esencialmente de percibir el funcionamiento de un marco global, resaltando la forma en que se desenvuelven las diferentes regiones —con sus desigualdades de desarrollo— y el modo en que opera el poder hegemónico. El comportamiento de los Estados no es concebido en forma individual o meramente agregada, sino en relación con un tejido internacional que implica un patrón de funcionamiento determinado, en el que las naciones se insertan de manera distinta.²⁶

Debido a que esta corriente revive el papel determinante del Estado, ha sido tachada de retardataria y tradicional, pero es necesario tener presente que la gran mayoría de los trabajos de historia diplomática, sin importar su tendencia, no ha podido liberarse del enfoque estatista. Esto, más que una incapacidad, se revela casi como una necesidad dado el carácter específico de esta subdisciplina. El incuestionable control que el Estado ejerce sobre toda una gama de recursos continúa reservándole el papel central en los estudios de las relaciones internacionales.²⁷

Por último, debe mencionarse la creciente influencia que han tenido algunas propuestas para homogeneizar y dotar de cierta coherencia interna a la historia diplomática.

En los últimos años se ha señalado con frecuencia la notable fragmentación que impera en todos los ámbitos de la historiografía estadounidense. Se ha reclamado atención al hecho de que la disciplina en general carece de forma y estructura, y se observa con desagrado la excesiva compartimentalización a que ha conducido la impresionante disparidad de sujetos de estudio y metodologías, haciendo imposible tanto los esfuerzos de síntesis como la búsqueda de un eje unificador.²⁸ En el caso de los estudios diplomáticos,

²⁴ Maier, *op. cit.*, p. 384-385.

²⁵ Gordon Craig, "The historian and the study of international relations", en *American Historical Review*, v. 88, n. 1, February 1983, p. 4.

²⁶ Thomas S. McCormick, "World Systems", en *Journal of American History*, v. 77, n. 1, June 1990, p. 125-130.

²⁷ LaFeber, "The world and the United States", p. 1031.

²⁸ Himmelfarb, *op. cit.*, p. 661-662.

varios autores resaltan la inconveniencia de prolongar las tendencias a una división artificial en torno a etiquetas y posiciones excluyentes. Dada la relativa unidad temática de este campo, sostienen la inutilidad de una actitud antagónica entre preferencias de enfoque que ni siquiera se encuentran definidas con suficiencia —“realismo”, “revisionismo” o “posrevisionismo”— y que impiden un esfuerzo conjunto de complementación.

Thomas G. Patterson, por ejemplo, sugiere la existencia de varios niveles de análisis que constituyen la base incuestionable de la especialidad: el internacional, el regional, el nacional y el individual. Todos los historiadores dedicados a esta área, observa Patterson, no tendrán objeción en reconocer que los problemas que constituyen su objeto de estudio atraviesan necesariamente por esos niveles. De modo que, si las cuestiones de jerarquización de los mismos se dejan a las inclinaciones personales, podrán valorarse todas las aportaciones individuales e incorporarlas sin dificultad a un acervo común, avanzando así en la unidad y la coherencia sin sacrificar la profundización ni la diversidad.²⁹

En forma similar, Michael H. Hunt se propone lograr un consenso básico respecto a la naturaleza de las preguntas que la subdisciplina trata de responder. “¿De dónde surge la política exterior, del sistema internacional o de la esfera doméstica? ¿Son los encargados de diseñar esa política relativamente autónomos? ¿A través de qué cristal perciben el mundo? ¿Cómo se compara la política exterior norteamericana con la de otros países del mundo? ¿Existe una serie común de factores que afectan a todos los encargados de crear la política exterior, o esta serie varía considerablemente respecto al país, la cultura y el periodo histórico?” Si se logra un reconocimiento generalizado de que éstas son las líneas básicas de investigación de la especialidad, las cuestiones de énfasis y la división en torno a corrientes de interpretación podrán pasar a segundo plano, clarificando la estructura y permitiendo una perspectiva de complementariedad en la evaluación de las aportaciones individuales.³⁰

Es pertinente, o quizá hasta necesario, concluir este recorrido panorámico a través de la historiografía diplomática estadounidense con una pregunta: ¿qué importancia tiene para los estudiosos de las relaciones de México con el exterior conocer las líneas metodológicas y los enfoques que se han revisado en estas páginas? Para una respuesta breve, basta con hacer referencia a dos aspectos centrales. El primero es casi obvio, y tiene que ver con el hecho de que la vecindad con los Estados Unidos ha sido un factor de innegable relevancia en el curso de la historia de México. El conocimiento de la manera en que los historiadores norteamericanos se han explicado las relaciones de su país con el exterior, en que han justificado o anatematizado su conducta en el

²⁹ Thomas G. Patterson, “Defining and doing the history of American foreign relations”, en Thomas G. Patterson y Michael J. Hogan (eds.), *Explaining the history of American foreign relations*, New York, Cambridge University Press, 1991, p. 38-39.

³⁰ Hunt, *op. cit.*, p. 136-137.

escenario internacional y los esfuerzos que han realizado por determinar cuáles han sido los resortes fundamentales de esa conducta constituye un instrumento imprescindible para la comprensión de las relaciones entre México y los Estados Unidos.

El segundo aspecto se desprende del indudable provecho que puede sacarse de las propuestas y enfoques que los especialistas norteamericanos han desarrollado, pues muchos de ellos pueden aplicarse con utilidad a la historia de las relaciones internacionales en general, y no sólo atendiendo a especificidades nacionales. El debate en torno a la preponderancia de los ámbitos interno o externo en el diseño de la política exterior toca el meollo del desenvolvimiento de las naciones en la escena mundial, y las distintas soluciones pueden ponerse a prueba con utilidad prácticamente en el caso de cualquier país, incluyendo a México. Éste es sólo un ejemplo, pero las posibilidades de aplicación de esas aportaciones, con algunos ajustes menores, son numerosas y sin duda resultarían fructíferas. □

